

# **Nueva York: Historias de dos ciudades**

# Nueva York: Historias de dos ciudades

DAVID BYRNE  
GARNETTE CADOGAN  
BILL CHENG  
TEJU COLE  
LYDIA DAVIS  
JONATHAN DEE  
JUNOT DÍAZ  
MARK DOTY  
DAVE EGGERS  
JONATHAN SAFRAN FOER  
TIM FREEMAN  
DW GIBSON  
CHAASADAHYAH JACKSON  
SARAH JAFFE  
LAWRENCE JOSEPH

VICTOR LaVALLE  
VALERIA LUISELLI  
COLUM McCANN  
DINAW MENGESTU  
TÉA OBREHT  
PATRICK RYAN  
MICHAEL SALU  
ROSIE SCHAAP  
TAIYE SELASI  
AKHIL SHARMA  
ZADIE SMITH  
JEANNE THORNTON  
HANNAH TINTI  
MARÍA VENEGAS  
EDMUND WHITE

Edición de  
John Freeman

Prólogo de  
Antonio Muñoz Molina

Traducción de  
Magdalena Palmer

**Nørdicalibros**  
2015

Título original: *Tales of Two Cities*, by John Freeman (editor)

© 2014 by the various authors  
Published in the United States by OR Books LLC, New York

© Del prólogo: Antonio Muñoz Molina

© De la traducción: Magdalena Palmer

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Fuerte de Navidad 11, 1º B - CP: 28044 Madrid  
Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com  
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-16440-25-2

Depósito Legal: M-33347-2015

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Imprenta Kadmos (Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

Antonio Muñoz Molina

## EL ESPEJISMO Y SU REVERSO

Nueva York es una ciudad y un espejismo de ciudad. La ciudad llevaba varios siglos existiendo antes de que surgiera el espejismo que la representa en el mundo, pero ahora ha desaparecido casi por completo tras él. Nueva York fue primero un puerto para el comercio y, a continuación, un centro formidable de manufactura: el puerto del que salían hacia Europa las pieles de los animales y el algodón que recolectaban los esclavos en las plantaciones del sur; y luego el polo de atracción de los millones de emigrantes que venían huyendo de los despotismos y las hambres de Europa. Hacia mediados del siglo XIX, Herman Melville dibuja la isla de Manhattan como un contorno al que se adhieren por todas partes proas de veleros. Cualquier calle de la ciudad acaba en su cintura portuaria y en el horizonte del mar. Primero los canales y luego los ferrocarriles la conectan con la inmensidad continental del interior del país. Nueva York entonces no es un espejismo, sino lo contrario de un espejismo: un puerto de mercancías que no descansa nunca, una terminal para la exportación de productos agrícolas, materias primas, hierro, acero; un paisaje de fábricas en las que los emigrantes, hombres y mujeres, trabajan jornadas de catorce horas, y de barriadas en las que se amontonan con un espesor de humanidad y pobreza que parecería de Calcuta o de Lagos. También una metrópolis en la que se acumula la riqueza y se vuelve obscena y desmedida su exhibición.

A Henry James el prosaísmo de Nueva York lo espantaba. Se fue a Inglaterra buscando atmósferas más propicias a la literatura, y cuando al cabo de los años volvió a su ciudad natal no la reconoció: aquellas torres enormes, con su mal gusto de parodias de estilos europeos, aquellos palacios de los escandalosamente ricos. Por no hablar del espectáculo inaudito de las multitudes: los asiáticos, los italianos, los judíos, los irlandeses. Para Henry James, Nueva York era lo contrario de un espejismo: era la áspera realidad, la vulgaridad de una civilización regida por el poder de las máquinas y del dinero, por la inundación humana de los emigrantes.

Sin duda el espejismo empezó con ellos, un sueño insensato y a la vez tangible: el nombre mágico, *América*, el nuevo mundo imaginado en una aldea de Sicilia o en un *shtetl* en la llanura fangosa de Ucrania, la tierra de la abundancia vislumbrada en las postales que enviarían los parientes pioneros. Con mucha frecuencia, el espejismo se disolvía nada más bajar del barco y llegar a los *tenements* del Lower East Side. Pero ya entonces le servía a la ciudad de lo que ha seguido sirviéndole siempre, y cada vez más: como fuente de ingresos y como imán para abastecerla de una riada inagotable de mano de obra, de gente dispuesta a trabajar en cualquier cosa en las condiciones que sean. En Estados Unidos, contra lo que pueda imaginarse en Europa, la expresión «the American dream» se usa generalmente con toda seriedad, sin rastro de esa ironía con que no podemos dejar de mirarla nosotros. Su significado es claro y simple: la promesa de que si uno se desvive trabajando y cumple las normas, conseguirá una vida mejor para él mismo y para su familia y sus herederos.

El «New York dream» es su equivalente en muchos sentidos, pero también tiene connotaciones propias. Funciona para el haitiano ilegal que conduce un taxi dieciséis horas al día como funcionó para el judío o el italiano que a principios del siglo pasado trabajaban en un taller de con-

fección; también para el pakistaní, el hondureño, el dominicano, el nepalí, para la muchacha china o coreana que desde la mañana a la noche no levanta los ojos de los pies de clientes a los que les lima las uñas o les masajea los talones. Personas que tienen vidas miserables en sus países de origen llegan a Nueva York, dispuestas a lo que sea por salir adelante y enviar dinero a la familia que se quedó atrás. Lo que hacen, literalmente, es sacrificarse a sí mismas en beneficio de la próxima generación. Los hijos tendrán vidas mejores, irán a la escuela, en algunos casos a la universidad. La palanca de ascenso social, muy deteriorada, sigue funcionando en ocasiones. Y esa gente pobre y muy trabajadora facilita la vida de la ciudad con un coste muy bajo, lo cual aumenta golosamente los márgenes comerciales de quienes manejan los negocios. El Tercer Mundo, contiguo al Primer Mundo, le suministra repartidores de comida a domicilio que se juegan la vida en las medianoches de invierno a cambio de propinas, camareros, limpiadoras, albañiles, cuidadoras de niños, conductores de taxis. La mezcla de la necesidad y el espejismo, aderezada por un mercado laboral en el que el despido es gratis y los trabajadores no tienen derecho a seguro médico, vacaciones o baja por maternidad —y nisiquiera por enfermedad, en muchos casos— sostienen el funcionamiento de la ciudad y el bienestar de esa parte de sus habitantes que disfruta de algún tipo de privilegio. Los más pobres acuden de todo el mundo en busca de las oportunidades laborales que ofrece la presencia copiosa de los más ricos. El efecto económico, a la larga, es perverso: cuantos más ricos llegan a Nueva York más cara se vuelve la vida, no solo para los pobres, sino para los que están convencidos de pertenecer a la clase media. En el metro, por la mañana, o hacia la medianoche, hay siempre gente trabajadora que se ha quedado dormida, emigrantes centroamericanos o asiáticos demolidos por el trabajo y la falta de sueño, viajando

durante horas hasta los barrios extremos en los que pueden pagarse un alquiler.

En la crisis de los años setenta y ochenta, Nueva York perdió el puerto, y también la industria. De traficar en mercancías y de fabricarlas, Nueva York ha pasado a fabricar espejismos y traficar desvergonzadamente en ellos. La ciudad promete mucho y, en general, da bastante poco a cambio. En muchos casos, lo que da es la reiteración cínica del espejismo, la explotación de la credulidad del que lo ha confundido con la realidad. Nueva York vive ahora del espejismo de la especulación financiera y de las fantasías prefabricadas del turismo. Decía James Joyce que Roma le hacía pensar en una familia que hubiera decidido ganarse la vida exponiendo en público el cadáver de su abuela. Nueva York vende un producto que no le cuesta nada producir, y se beneficia de una campaña publicitaria formidable y continua que le sale gratis. Millones de personas colaboran —colaboramos— desinteresadamente en ella. Los turistas llegan a Nueva York tan en oleadas ansiosas como llegaban hasta hace un siglo los emigrantes, buscando la confirmación del espejismo que los periódicos, las películas, las series de televisión, han propalado. Pero Nueva York es una ciudad de gente interesada y nerviosa que no pone mucho interés en cuidar al turista y le saca el dinero hasta un grado de extorsión a cambio de muy poco: la mayor parte de los hoteles son caros y malos; la comida que se da en los sitios por los que circulan los turistas tiende a ser tóxica. El tiempo, además, una gran parte del año, es hostil, o directamente infame, pues no hay extremo que no sea posible: de calor, de frío, de nieve, de lluvia, de humedad.

Una variante ilustrada del turista y el emigrante es el interesado en las artes: el que llega a Nueva York porque le han dicho que es allí donde hay que estar, el artista plástico, el actor, el músico, el escritor. Es verdad que en Nueva York puede disfrutarse en grado máximo de lo mejor



en casi todas las artes. También que es difícilísimo abrirse paso en cualquiera de ellas: es mucha la competencia, y las condiciones durísimas. Pero en nombre del espejismo, el artista está dispuesto a aceptar condiciones de vida y de trabajo que le parecerían insufribles en su país de origen. Alguno llega a algo, con mucho esfuerzo y mucha suerte, al cabo de mucho tiempo. La mayor parte se queda en nada. Pero unos y otros gastan voluntariosamente las mejores energías de su juventud en trabajos con frecuencia agotadores y siempre mal retribuidos y sin seguro médico, y pagan alquileres exorbitantes para compartir viviendas en mal estado cuyos dueños no gastan nada en acondicionarlas. Jóvenes latinoamericanos o españoles de clase media, con aspiraciones literarias o artísticas, se someten a sí mismos a penalidades hasta entonces inconcebibles para ellos, en nombre del espejismo de Nueva York.

En otras épocas, cuando la ciudad era más barata, cuando no se había convertido aún en el punto de destino de los plutócratas del mundo —para comprobarlo solo hay que darse un paseo por la esquina del antiguo hotel Plaza y la acera de Central Park South— el espejismo ofrecía recompensas más sólidas. Una ciudad con excelentes museos, con una alta densidad de inteligencias creativas, con espacios vacantes, con alquileres bajos, favoreció la gran explosión cultural de Nueva York, que abarca todas las artes, y que va, más o menos, de los años veinte a los primeros ochenta. El catálogo de las obras admirables creadas en la ciudad en todo ese tiempo es abrumador, así como el de los movimientos de emancipación que cuajaron en ella: el jazz, el ballet, el teatro, la novela, la poesía, la pintura, el cine, Stonewall, los derechos civiles, el feminismo militante. Las divisiones sociales existieron siempre, y la presión del dinero, y la dureza de la vida, muy difícil de imaginar para un europeo, para un español de ahora. Pero había, a pesar de todo, un margen en el que se desataban todas las energías

posibles, porque había espacios en los que todo eso sucedía. Ahora no hay esquina de Manhattan que no haya sido ocupada por un banco, un Starbucks, una sucursal de la ubícuca cadena de droguerías Duane Reade. Hasta ser un artista pobre cuesta muchísimo dinero. Cada día hay más gente sin hogar y casi cada mes se inaugura una torre más alta de apartamentos cada vez más caros.

De esa transformación tratan las historias de este libro. Ficciones unas veces, otras crónicas o textos memoriales, todas ellas comparten el envidiable talento anglosajón, y específicamente norteamericano, para contar lo real y lo inmediato, retratar a la gente común, atrapar los matices del habla. La variedad de los autores y las diferencias entre las calidades de cada uno dan una textura densa y rica al conjunto. Las que yo prefiero son las menos visiblemente literarias, y las que menos me gustan vienen firmadas por los autores más célebres. Quizás cuando se es demasiado conocido resulta más difícil escribir con convicción sobre los desconocidos. En Nueva York hay tantas ciudades como espejismos posibles, y tantos mundos como idiomas y orígenes. Pero lo que hay, sobre todo, son esas dos ciudades contiguas y cada vez más alejadas entre sí, la ciudad del dinero y la de la pobreza, la ciudad deslumbrante y ficticia de los espejismos y la Nueva York áspera de la realidad: áspera, con frecuencia hostil y, sin embargo, con momentos y lugares de arrebatadora belleza.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA  
*Madrid, 2015*

*Este libro es para mi hermano Tim,  
que vive en ambas ciudades.*

JOHN FREEMAN

## INTRODUCCIÓN

Hace algunos años compré un piso en Manhattan con el dinero que me había legado mi abuela, hija del antiguo abogado de Standard Oil. Mi abuela había sobrevivido a tres maridos, había sabido administrar su dinero y así, sin más, apareció del más allá para sacarme de una clase social y meterme en otra.

Entretanto, al otro lado de la ciudad, mi hermano menor vivía en un albergue para indigentes.

No estaba lejos, a poco más de un kilómetro. Era el segundo o tercer albergue donde recalaba desde que había llegado a Nueva York. Si hablar de dinero ya suele ser incómodo, lo es el doble cuando implica a la familia. Así que diré brevemente que a mi hermano no se le había excluido de la herencia, pero que no tenía acceso inmediato al dinero porque sufre una enfermedad mental. Gestiona su trastorno con valentía y toma precauciones para controlar la enfermedad. Prácticamente lo primero que hizo al llegar a la ciudad fue presentarse en el hospital y conseguir sus recetas con la tarjeta de Medicaid.

Sin embargo, mudarse a Nueva York era una mala idea, una decisión parecida a un accidente de tráfico contemplado a cámara lenta. Mi padre, mi hermano y yo le habíamos advertido y argumentado, hasta suplicado, que no se trasladase aquí. Mi padre le contó historias de terror de cuando vivimos en Nueva York en los años setenta. Yo le hablé de lo difícil que era dormir algunas noches por el calor, el ruido y el constante ajetreo de la ciudad. Mi hermano mayor le explicó lo difícil que era encontrar trabajo, algo que mi hermano menor sabía porque llevaba un año

buscando empleo: redactor técnico, ayudante de biblioteca, lo que fuese que estuviera relacionado con palabras y superase un poco el sueldo mínimo. Tenía una licenciatura y había publicado en la prensa.

Al final, todo aquello no sirvió de nada. Mi hermano no encontró trabajo, pero como tampoco soportaba quedarse más tiempo en Utica, cogió un tren a Nueva York y se registró en un albergue para personas sin hogar. Llegó apenas sin nada, porque había donado o vendido casi todas sus cosas. Se trajo una maleta, un ordenador portátil con el que dormía para que no se lo robasen y un móvil de prepago. Son artículos de lujo en algunas zonas del mundo, pero os aseguro que fueron la fina amarra que sujetó la vida de mi hermano, su tenue vínculo con un mundo exterior que no era el que le rodeaba directamente. Nos mantenía al corriente de sus movimientos por Facebook: de qué albergue lo habían expulsado por pelearse o insultar a alguien, o dónde dormía —el transbordador de Staten Island, los aseos de la estación de autobuses de Albany—. Finalmente acabó en el albergue donde se alojaría durante un tiempo y seguiría un programa de formación laboral.

Durante todo el tiempo que mi hermano no tuvo casa, nunca lo invité ni nunca entró en la mía. Quiero a mi hermano. Puede ser encantador y muy divertido, es amable y considerado con los ancianos, y hasta cuando ganaba menos de 10.000 dólares anuales, dedicaba varias horas de la semana a enseñar inglés. Es una de las personas más inteligentes que conozco y, siempre que lo veo, recuerdo lo afortunado que soy por tenerlo como hermano. También recuerdo lo afortunado que soy por haber nacido, debido a razones insondables, con una estructura genética ligeramente distinta a la suya que me permite funcionar bajo unas condiciones de estrés que hacen su vida imposible. No es justo, pero ya hace mucho que decidí no perder el tiempo intentando mitigar nuestra desigual suerte con ba-

tallas imposibles de ganar como, por ejemplo, solucionar su alojamiento. Ya había compartido casa con mi hermano y había llegado a la conclusión de que era mejor que no viviésemos bajo el mismo techo. En aquella época, mi novia y yo nos planteábamos unir nuestros pisos contiguos, y la sensación de culpa pesó menos que la decisión de no arriesgar mi relación de pareja por la tensión de alojar a mi hermano en casa. Ya había visto el esfuerzo que había supuesto para mis padres. Sabía que mi hermano sería muy consciente de los problemas que causaba y que también sería perjudicial para él. O, al menos, eso es lo que me dije.

De modo que nos comunicábamos por Facebook, intercambiábamos correos electrónicos y un par de veces quedamos para comer en una cafetería a la que mi hermano llegaba demacrado y, sin embargo, mucho más vivo de lo que había estado unos años antes. Me costaba reconocerlo. Iba andando a todas partes y la comida del albergue era tan mala que había adelgazado casi veinte kilos. Ya no parecía triste y me recordaba al hermano guapo y seductor, el niño bonito con el que me había criado en California. También estaba más en forma y, por tanto, tenía más energía, que utilizaba para pelear con la burocracia de los servicios sociales de Nueva York. Había solicitado una ayuda para acceder a una vivienda y enviaba currículums para conseguir empleo en alguna biblioteca. Entretanto, trabajaba en Harlem repartiendo periódicos gratuitos en la boca del metro. En cuanto hablé con él, comprendí que ofrecerle el salvavidas de mi casa habría sido un error; por muy duro que le resultase, mi hermano quería demostrar, a nosotros, pero sobre todo a sí mismo, que podía salir adelante él solo. Sin embargo, me sentí obligado a darle unos cientos de dólares y luego se marchó, de vuelta a su vida.

Entonces yo no las tenía todas conmigo, pero lo logró. Mi hermano salió del albergue. Lo aceptaron en el programa de ayudas a la vivienda, encontró piso y, durante

un tiempo, su sueño se hizo realidad: vivió en Nueva York de forma autosuficiente. Al principio le encantaba su nueva vida, pero la constante amenaza de perder su paquete de subsidios y la tensión de la ciudad —la forma en que lo dificulta todo, sobre todo si además necesitas ayuda— acabaron por agotarle. Finalmente volvió a Utica y después se trasladó a Dallas, donde ahora parece feliz de verdad. Es un sitio cálido donde mi hermano tiene coche y cosas que hacer. Puede vivir con cierto grado de paz y tranquilidad y, aunque se ha hecho republicano, sigo queriéndolo. Y me gustan las fotografías que cuelga en Facebook.

No he decidido cómo sentirme respecto a esa etapa de mi hermano en Nueva York ni creo que lo decida nunca, porque la yuxtaposición de nuestros destinos y fortunas es, sencillamente, imposible de asimilar. Son demasiado dispares. Durante la época que pasó aquí, yo solía despertarme antes de las seis de la mañana. Trabajaba para una revista británica, viajaba mucho a Londres y pasaba largas temporadas allí. Vivía en Nueva York la mitad del tiempo y cogía el avión a un ritmo mensual y a veces semanal, lo que desequilibraba mi reloj interno. Entretanto, mi hermano dormía en un albergue, a cuatro calles de distancia. Cuando estaba en Nueva York, a veces me tomaba el primer café del día contemplando el amanecer que iluminaba el aparcamiento de enfrente. Algunas de aquellas mañanas, mi hermano habría pasado por allí cuando iba del albergue al metro para repartir periódicos en Harlem, pero nunca llamó a nuestra puerta. ¿Alzaría alguna vez la vista para ver si yo estaba allí, preocupándome por él, preguntándome si lo habrían echado del albergue después de otra pelea? Una vez, cuando él ya había dejado el albergue y tenía piso propio, le pregunté por qué nunca había pasado a verme, y respondió que hacía frío y no quería llegar tarde al trabajo.



Cuento esto porque es necesario cambiar nuestra forma de hablar de la desigualdad. Las razones de su existencia son tan complejas como las razones por las que mi hermano acabó en un albergue para personas sin hogar. La desigualdad no es un asunto de ellos y nosotros, los ricos y los pobres. A menudo esas divisiones se dan dentro de una misma familia, como en el caso de la mía. Llegados a este punto, lo que me sale es disculparme, añadir que la experiencia de presenciar la situación de mi hermano no fue tan dura, ni mucho menos, como lo que a él le supuso vivirla, y que además hay personas que han sufrido mucho más que nosotros dos. Todo eso es cierto, pero lleva a un callejón sin salida. Clasificar el sufrimiento crea una falsa jerarquía de dolor, como si hubiese una forma de comparar y sopesar el dolor con, por ejemplo, el malestar físico, las frustraciones profesionales o la desesperación. Nos permite, hasta cierto punto, afirmar que algunas formas de sufrimiento resultan aceptables, mientras que otras no lo son.

La vida urbana se define por la proximidad, y cuando las personas que comparten espacio con otros habitantes de la ciudad sufren, ese sufrimiento afecta a todos. El alcalde Bill de Blasio salió elegido, en parte, porque su visión de Nueva York como una «historia de dos ciudades», que él denominó «el problema fundamental de nuestra época», llegó al corazón de los neoyorquinos. Estos se identificaron con su frustración y su pasión, con su sueño de que la ciudad podía mejorar. También, justo es decirlo, les emocionó que su campaña transmitiera que la brecha abierta entre ricos y pobres, entre los poseedores y los desposeídos, había crecido hasta límites insostenibles. Lo que se dice de la ciudad —que es un sitio especial, una ciudad de sueños— no se sostiene cuando se contrasta con la realidad: la desigualdad económica es mayor que nunca.

Para aquellos que no hayan seguido las noticias, facilito algunas cifras. Casi la mitad de los habitantes de Nueva York vive al límite de la pobreza y, en las últimas dos décadas, la desigualdad ha vuelto a los niveles anteriores a la Gran Depresión. El 1 por ciento de los que ganaban más vio aumentar sus ingresos medios de 452.000 a 717.000 dólares entre 1990 y 2010. Sin embargo, para el 10 por ciento con ingresos más bajos, el incremento fue mucho menor, de solo 8.500 dólares en 1990 a 9.500 dólares en 2010. La concentración de riqueza en dicho periodo también ha beneficiado considerablemente a los más acomodados. En 1990, el 10 por ciento de las unidades familiares ganaba el 31 por ciento de la renta de Nueva York; en 2010, esta cifra se había incrementado a un 37 por ciento. Los muy ricos constituyen una gran proporción de este grupo: en 2009, el 1 por ciento con más ingresos acaparó un tercio del total de la ciudad. Es evidente que los ricos se vuelven más ricos y los pobres se vuelven más pobres.

La clase media está desapareciendo, como ya se percibe en Estados Unidos desde hace tiempo. Poco antes de que De Blasio saliera elegido, James Surowiecki escribió un clarividente artículo para la revista *The New Yorker* donde señalaba las razones de lo ocurrido. Nueva York es una ciudad muy dependiente de la industria financiera —el 1 por ciento de las rentas más altas paga ni más ni menos que el 43 por ciento del impuesto sobre la renta de la ciudad— y, sin embargo, es esa misma industria la que crea la desigualdad de los ingresos. Entretanto, los trabajos que mantienen a la clase media —en las manufacturas, por ejemplo— se han esfumado. Entre 2001 y 2011, la ciudad perdió el 51 por ciento de los empleos en este campo. En Nueva York, el coste de producir es sencillamente demasiado elevado, y las fábricas, los talleres y los astilleros se han ido a otra parte.

Estas cifras reflejan una versión extrema de lo que ocurre en muchas ciudades de Estados Unidos. La gente

se traslada de las afueras a la ciudad, y suben los precios de la vivienda urbana. En Nueva York, este fenómeno se ha producido de forma exagerada. Los neoyorquinos que no ocupan el 10 por ciento superior de la escala apenas han incrementado sus ingresos, pero han sufrido un aumento catastrófico del precio del alquiler, que entre 2002 y 2012 subió una media del 75 por ciento. Actualmente, en Nueva York asciende al triple de la media nacional. Como resultado, casi un tercio de los neoyorquinos dedica más del 50 por ciento de sus ingresos anuales a pagar el alquiler. Ya no se trata de no poder comprarse una vivienda; muchos neoyorquinos ni siquiera pueden permitirse alquilarla. El distrito de la ciudad que destina el porcentaje más elevado de sus ingresos al alquiler —el Bronx, donde se dedica una media del 66 por ciento de los ingresos a pagar el alquiler de un piso de tres habitaciones— es también el más pobre. Por cierto, es donde vivió mi hermano cuando pudo acceder a un apartamento.

\* \* \*

Estas condiciones son insostenibles, como también lo es la distancia que separa la leyenda de Nueva York —sus mitos y su cultura popular, las imágenes que retenemos cuando la visitamos, su literatura— de la realidad. Me gustaría que esta antología ayudase a cerrar la brecha abierta entre los ricos y los pobres de la ciudad, algo que quizá se consiga si abordamos esta segunda brecha y pensamos, soñamos y describimos cómo es Nueva York en la actualidad. ¿Cómo nos sentimos, qué vemos, qué historias nos contamos y cómo ha cambiado la desigualdad, si lo ha hecho, la ciudad?

En enero de 2014 me puse en contacto con varios escritores que viven o han vivido en Nueva York y que consideran que esta ciudad es su hogar. Respondieron treinta.

Esta antología es el resultado de su compromiso, que ha adoptado formas muy diversas. Hay memorias y relatos, un collage, artículos, un ensayo sobre el trabajo de barman, el diario de un viaje urbano, una crónica de los tribunales de la vivienda, una historia oral, un poema y hasta una serie de tuits que transforman los titulares de 1912 en un poema sinfónico sobre la violencia y la tendencia de la ciudad a abonarla.

Aquí está la ciudad tal y como se vive en la actualidad, una Nueva York cuyas tiendas de barrio han desaparecido y por la que pululan fantasmas de un pasado más mestizo y variado. En el relato de Zadie Smith, una envejecida *drag queen* que ha conseguido aferrarse a su apartamento de Chelsea recorre las calles del East Side y tropieza con las sombras del pasado. La época de los alquileres más asequibles ha acabado, de momento, y algunos autores muestran lo que se ha perdido en el proceso, además de poder adquisitivo. Hannah Tinti recuerda con ternura su primer piso del Lower East Side y al vecino aficionado a las armas, homosexual y de cabello a lo mohicano que fue su conciencia y protector. ¿Lo habría conocido de no ser por los alquileres de renta controlada?

La gentrificación, que suele considerarse el azote de Nueva York cuando no es más que el síntoma de su dolencia económica, es un arma de doble filo; todos sueñan con mejorar, aunque eso implique dejar cosas atrás. Chaasadahyah Jackson, de quince años y estudiante del centro de actividades extraescolares 826NYC ubicado en Brooklyn, narra el traslado de su familia de Crown Heights a Park Slope y describe lo que sus amigos imaginan que es su vida en ese nuevo barrio. Dave Eggers presenta este ensayo y expone por qué su organización tiene el compromiso de facilitar la difusión de relatos como el de Chaasadahyah. Sarah Jaffe viaja en la dirección opuesta, de Park Slope a Crown Heights, donde la lucha de los inquilinos para conseguir

servicios básicos la lleva a asistir a la reunión del comité de la vivienda que debate las subidas propuestas para los alquileres de renta fija.

Las piezas que componen *Historias de dos ciudades* vuelven una y otra vez a aquellos temas que son la causa fundamental de los problemas de Nueva York y señalan las principales zonas de tensión. La vivienda es una preocupación constante. Envié el borrador de esta introducción a mi hermano y él me respondió con un ensayo, incluido en la antología, donde describe los siete angustiosos meses que pasó sin hogar. Sin embargo, el temor a perder la vivienda que ya se posee puede ser también muy agobiante. En una memoria divertida y conmovedora, Jeanne Thornton describe cómo se aferró a un empleo duro y agotador para poder pagar el alquiler de un piso en cuyo sofá se había instalado un amigo que había perdido su casa. En un desgarrador relato oral, DW Gibson nos trae la voz de un abogado que se dedica a defender los derechos de los inquilinos. Uno de sus clientes es una mujer cuyo casero, con la excusa de hacer reparaciones, destroza el baño de sus inquilinos para que los pisos sean inhabitables y, así, poder echarlos. «¿Quién es capaz de hacer algo así a otras personas, a otros seres humanos?», se pregunta la afectada.

Al leer estas historias, es fácil pensar que lo que define a la ciudad moderna —quizá a cualquier ciudad— son las dificultades que plantea a quienes luchan por conseguir derechos básicos y dignidad. Como Dinaw Mengestu señala en la crónica de su traslado a Nueva York para conseguir mejores servicios para su hijo autista, algunos lo tienen más fácil para superar esos obstáculos. María Venegas lo corrobora al narrar su experiencia como profesora de refuerzo para niños de Brooklyn durante una epidemia de suicidios infantiles provocados por el estrés. Los sacrificios que algunos se ven obligados a hacer y lo difícil que les resulta a otros imaginárselos salen a la luz en el relato de Taiye Selasi

sobre un hombre ruso, su hija, un taxista indio y una joven que se inicia en la prostitución.

No obstante, Nueva York sigue siendo un fascinante polo de atracción y, como señala David Byrne, la ciudad depende de esa afluencia de sangre nueva para regenerar su creatividad. En un ensayo sobre un libretista de Mozart que se trasladó a Nueva York a principios del siglo XIX, Edmund White nos recuerda que emigrar a Estados Unidos nunca ha sido fácil, sobre todo si el recién llegado pretende divulgar su cultura extranjera entre la población local. La familia de Akhil Sharma también emigró a Estados Unidos desde la India en los años setenta; en su breve ensayo, Sharma nos cuenta que gracias a los criterios de pobreza con los que creció en la India nunca se sintió pobre en Nueva York y que, décadas después, esos mismos criterios le permitieron dejar su lucrativo trabajo en el mundo de las finanzas para dedicarse a escribir —aunque no lo protegieron del todo de esa pérdida del prestigio que siempre acompaña a los salarios abultados—.

La tensión de ascender, descender o mantenerse en la escala social, situarse en vidas y narrativas contrapuestas, hace que en Nueva York los encuentros tengan una carga peculiar que a veces puede vivirse como peligrosa. En la historia de Lydia Davis, el trayecto en metro de una mujer se ve alterado por un incidente en el vagón de atrás. Durante una tormenta de nieve del interminable invierno de 2013, la pareja rica del relato de Jonathan Dee se encuentra cara a cara con el 99 por ciento, encarnado en un hombre dispuesto a aprovecharse de la culpabilidad y la codicia del próspero 1 por cien. Colum McCann rememora su descenso a los túneles de Manhattan como parte del proceso de documentación de una novela. Allí inició una cauta amistad con una mujer y, al intentar ayudarla, descubrió la fina línea que separa un regalo que se recibe con gratitud de otro que arrebató la dignidad.

Tales encuentros no se dan necesariamente entre grandes divisiones de clase. En el relato de Téa Obreht, un hombre de Europa Oriental baja la guardia en un incidente de tráfico cuando conoce a otro de orígenes similares, y luego lo lamenta. Al cartografiar su barrio de Harlem, Valeria Luiselli conoce a emigrantes que son como ella, pero también muy distintos. Michael Salu viaja por primera vez de Londres a Nueva York y se encuentra con un entorno extrañamente condicionado por la exposición del autor a la cultura popular. Va a fiestas, museos y discotecas, y descubre que la música que amó y que le ayudó a ser negro viene de un lugar donde, en su caso, ser negro significa algo muy distinto.

Querer formar parte de una comunidad es algo natural, pero el peculiar crisol de Nueva York —tantas personas, tantos orígenes distintos, tantas desigualdades económicas— convierte ese deseo en perentorio y hace que se acabe buscando en los lugares más insospechados. Rosie Schaap describe cómo un buen bar se convierte en una comunidad y trasciende las diferencias económicas siempre y cuando los clientes respeten a los que les sirven. Patrick Ryan recuerda su primer trabajo en Nueva York en el turno de noche de un gran bufete de abogados, entre inadaptados, actores y un potencial preparacionista. En su escrito, Victor LaValle describe su alejamiento de la Iglesia en la infancia y su regreso como adulto, cuando sintió la necesidad de formar parte de una comunidad y de honrar algo más elevado.

Estas comunidades, por muy fuertes que sean, son inestables y se transforman con los cambios en los barrios; las fortunas de sus miembros se alteran, o la presión para pagar las facturas se vuelve excesiva. Junot Díaz recuerda su infancia de clase trabajadora entre amigos cuyos padres tenían dificultades para llegar a fin de mes, y la solidaridad que compartían, incluso cuando esos mismos amigos roba-

ron a su familia. La necesidad puede llevarnos a hacer cosas indignas. Bill Cheng recuerda su soledad y cómo se despreciaba debido a los problemas económicos que sufría. Ahora, sus circunstancias personales han cambiado, pero llegó al extremo de dejar de sentirse como una persona, un estado que ahora ve escrito en las caras de otros hombres.

Vivir en Nueva York si estás arruinado, cuando la riqueza se exhibe en todas partes, puede ser especialmente cruel, como nos recuerda Lawrence Joseph en su poema sobre la ciudad una década después de los atentados del 11 de septiembre. En esa riqueza hay violencia, y tiene consecuencias globales. Siempre ha sido así, como expone Teju Cole en su serie de tuits «Pequeños destinos», basados en titulares de prensa del año 1912. Son motivos más que suficientes para desear, como imagina Jonathan Safran Foer, que en la costa de Manhattan existiera un sexto distrito donde poder cobijarnos y dar a la ciudad más espacio para respirar.

\* \* \*

Es una propuesta asombrosa: imaginar una ciudad mayor de la que existe en realidad para que así pueda ser realmente como es. ¿Qué haría falta para conseguirlo? Mientras los políticos discuten por la escala y el reparto de los impuestos, los salarios mínimos, las viviendas asequibles y las prestaciones sociales, los escritores pueden entrar en liza y utilizar su imaginación y su experiencia para ofrecer una visión más amplia de la lucha esencial por la justicia en la ciudad. Como Garnette Cadogan revela en su escrito, la distancia entre aquí y allá no es tan grande y todos nos empobrecemos con la pérdida de equidad.

El principal ejemplo de esta idea fue Walt Whitman que, como señala Mark Doty en su ensayo, se oponía a las riquezas sin oponerse a los ricos. Whitman recorrió la ciu-



dad, deseó a sus hombres, contempló a sus ciudadanos desposeídos y los honró a todos por igual. Creía que todas las almas merecían un trato igualitario. Algo evidente, aunque se olvide con frecuencia.

Este libro pretende ser un hogar donde pueda imaginarse una ciudad más grande. Si todos los libros son, en cierto modo, un templo, espero que este tenga un amplio techo abovedado que nos dé cobijo y consuelo. Por muy tentador que sea imaginar Nueva York como una historia de dos ciudades, la cuestión esencial, como demuestra esta antología, es que Nueva York es muchas ciudades. La desigualdad dificulta que vivan una junto a la otra con un objetivo común.

Por tanto, resultaba adecuado que el libro beneficiara a una organización que encarnase este ideal. Muchos de los escritores aquí presentes han hablado de sus libros en Housing Works Bookstore Cafe, una librería y espacio de arte que es el eje de una cadena de tiendas y librerías de segunda mano cuyos beneficios se destinan a dar techo, formación y asistencia legal a los neoyorquinos sin hogar, sobre todo a aquellos con VIH y sida. Ha sido uno de los grupos más castigados en la ciudad durante el periodo de espectacular crecimiento económico que nos ha llevado a la situación actual, y Housing Works lucha intensamente para apoyarlos.

Siempre que queráis ver una prueba de que las soluciones a esta historia de dos ciudades son más una cuestión de imaginación que de viabilidad, visitad el local de Housing Works en el número 126 de Crosby Street. Es un espacio diáfano e inmenso con escaleras de caracol, pasarelas, una cafetería y 40.000 libros a la venta, todos procedentes de donaciones —muchas, sin duda, de personas que están en *el otro lado* de aquellos que recogen los beneficios de Housing Works—. Eso es lo de menos. Los libros se donan a la librería con una idea optimista de lo que represen-

ta una ciudad: la idea de que todos podemos vivir juntos. Conseguirlo requiere velar por el bienestar general; requiere imaginación, observación y generosidad, algo que no es fácil para nadie; lo sé porque lo experimento en mi propia vida, con mi hermano, por no hablar de cuando bajo a comprar un café y alguien está durmiendo en la calle. Me gustaría creer que es precisamente este desafío el que nos define, que el desenlace no está escrito, que nosotros podemos mejorar y Nueva York, también. En estas páginas hay treinta autores que nos muestran cómo es esa lucha en la actualidad.

JOHN FREEMAN

*Nueva York, julio de 2014*